NOSTALGIA EN LA TARDE

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

ESTAMOS en Inglaterra y en 1808. Corren los meses del invierno y la cautela con que adelantan su marcha no es suficiente para borrar las huellas deladoras. Las yerbas de este campo que atravesamos han ido cambiando su verde y su tersura por los signos de una incipiente vejez: se enjutan, van siendo dominadas por una melancolía que parece neblina. En el contorno, "presentan armas, inútiles aceros, ramas secas, dobles filas de árboles, la guardia". Una hoja que se desliza al vaivén del aire permanece un momento suspendida en el ámbito y luego se lanza, con acelerada decisión, a reposar en la cálida paz de la tierra. Nada incita a desatar las fuerzas potentes de la alegría. El silencio es perfecto.

Y buenamente, porque sí, de pronto nos vemos ante la antigua abadía de Newstead... ¡Ah, sí! Es ésta la residencia de ese poeta febril y desdeñoso cuyo nombre hemos oído pronunciar a las gentes de los castillos vecinos con una mal disimulada entonación de pavor. No hay más que evocarlo y la leyenda cunde, prospera. Nos acercamos a la ancha verja. La profusión de encinas y olmos, asentados sobre una maleza rebelde y en cierto modo descuidada, apenas nos permite distinguir, a lo lejos, un ángulo sucinto del vasto edificio. Por ahí, una fuente ennoblecida con porciones de amarillenta lama, destaca a merced de la apagada canción del agua, que la ciñe con su murmullo. Todo el conjunto es de una severa tristeza. ¿Cómo puede habitar esta ermita laica un hombre diabólico?

La verja cede a la moderada presión de la mano. Entramos. Después de huronear un poco alrededor de la finca, penetramos en este amplio recinto de techos eminentes. Es frío, es adusto. No cabe duda: esta es la iglesia arruinada de los antiguos monjes. Al fondo, en el sitio que ocupara el altar, sobresale un gran túmulo, al que se llega subiendo unos peldaños circulares armoniosamente dispuestos.

Cerca del monumento está sentado, inmóvil, un hombre, casi un adolescente. Lo observamos de perfil y nos cautiva su presencia, su secreta distinción. Advertimos sus cabellos ensortijados,

su semblante alargado. Luego, fijándonos mejor, notamos la frente noblemente espaciosa; la nariz recta, fina; los labios delgados, con cierto mohín de inconfundible altivez, que, sin embargo, en este momento se suaviza quién sabe por qué impulso escondido. Nada podría ahora distraerlo: su mirada está retenida, como en fascinación, por aquellos mármoles. Y volvemos a preguntarnos: "¿Será éste el monstruo?"

El hombre medita. No puede sustraerse a la obsesión de revivir los días recién pasados. Con transparente lucidez, vuelve a ver a su amigo sin mancha, a su compañero insustituible, a aquel *Boatswain* magnífico, atacado de la noche a la mañana por el virus terrible. El noble terranova, cuando el amo alarmado apareció ante él, retrocedió instintivamente, como para advertirlo del peligro. Sus ojos refulgían, en plena gloria matinal, de modo amedrentador. Una baba constante le salía de la boca. El hombre, consternado, se llegó al perro con la familiaridad de siempre y mientras le dirigía palabras que querían ser alegres, con la mano desnuda le iba secando el líquido mortal. De vez en cuando, el terranova se desprendía con violencia de las manos que lo mimaban y rápidamente, sin que se pudiese evitar, flexionaba la recia cabeza y se hundía a sí mismo, en las partes del cuerpo que lograba alcanzar, los grandes colmillos.

Apenas había adelantado unos pasos el amo al retirarse, un intempestivo crujir de hojas secas y el ruido de algo que corría le hizo volver el rostro. Había sobrevenido al leal *Boatswain* una crisis. Saltaba sin concierto, de un lado a otro, con ímpetu increíble—y ladraba sordamente. Se disparaba luego contra los árboles, contra los rústicos bancos del jardín, contra todas las cosas, y les asía furiosamente con los colmillos, como si estuviese resuelto a pulverizar cuanto tenía delante. El hombre contemplaba aquel sufrimiento atroz con un claro temblor de congoja. El perro se tendió en cierto momento, acezando. A través de la niebla que le iba cubriendo los ojos alcanzó a distinguir la silueta del amigo y le brotaron dos lágrimas enormes. En toda la anchura luminosa de la mañana sólo se

percibía aquella especie de gemido... El hombre no pudo resistir más y corriendo aterrificado, cojeando, se hundió por una de las puertas de la casa.

El hombre se ha estremecido, ahora mismo. Se pasa la mano por el semblante conmovido y el pecho se le ensancha, como si suspirase. Ya la sombra parece que inicia su cotidiano combate contra los destellos remisos. El hombre alza un poco los ojos y los fija en una suntuosa urna antigua, colocada encima del pedestal. Torna a ver a su amigo sin mancha, a su compañero insustituible, a aquél *Boatswain* magnífico... Y antes de que la tierna melodía de los grillos proclame pudorosamente la fácil y decisiva victoria de la noche—ya los destellos tocarán su clarín de luces a la ancha puerta de los antípodas—el poeta abandona el asiento y se aproxima al túmulo.

Con los brazos abiertos, trata de cubrir los mármoles impasibles. Desliza las manos por ellos,

las retiene, las vuelve a deslizar. Ya se marcha. ¿Habría sido tocado por el espíritu de la amistad? Ya se marcha, sí; pero la desfalleciente luz de este día no se irá en tanto el monstruo, el energúmeno que sobresalta a los estúpidos vecinos, no haya releído estas palabras que hizo grabar en uno de los lados del pedestal:

Cerca de este lugar
reposan los restos de un ser
que poseyó la belleza sin la vanidad,
la fuerza sin la insolencia,
el valor sin la ferocidad
y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.
Este elogio, que constituiría una absurda lisonja
si estuviera escrito sobre cenizas humanas,
no es más que un justo tributo a la memoria de
"Boatswain", un perro,
nacido en Terranova en mayo de 1803
y muerto en Newstead Abbey el 18 de noviembre de 1803.

El habitante de Newstead Abbey—ya lo sabéis—era Lord Byron.

PALABRAS DEL RECTOR DR. GUSTAVO BAZ

Al efectuarse en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales la toma de posesión de la nueva Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos, el Rector, Dr. Gustavo Baz, pronunció la siguiente alocución:

"Señores estudiantes: Hubiera sido mi deseo tener el salón pletórico de estudiantes para, al dirigirme a ellos, sentir la unidad de la Escuela de Leyes con la Rectoría. Por desgracia, el trabajo diurno retiene a muchos de ellos fuera de la escuela a estas horas. Es quizá uno de los momentos más trascendentales para nuestra casa de estudios la toma de posesión de la mesa directiva, y desearía por ello que este pequeño grupo llevara a sus compañeros la nueva ideología de la Universidad. Una vez llegado al acuerdo de que sean ciertas personas los directores de determinado movimiento, se hace necesario el darse cuenta de que todos deben unirse para hacer de esa manera una escuela unida que permita la creación de un frente único dentro del cual queden escudadas las doctrinas de la nueva ideología. Hasta hace poco la escuela era pasto fácil de ambiciones de líderes sin escrúpulos con miras exclusivamente personalistas; por eso, la impresión que deseo tener es la de la unidad del estudiantado que, plenamente consciente de sus deberes universitarios, sepa evitar toda agitación personalista tendiente a la consecución de ambiciones netamente individuales.

"En este momento toma posesión de la mesa directiva un grupo distinguido del estudiantado. Apenas si tengo algunos días de conocerlo, pero estoy seguro que ellos tendrán, sin duda, el apoyo de la Rectoría en cuanto sostengan la unión del estudiantado de la Facultad de Leyes. La representación de Leyes tiene la obligación de mantener la cohesión de los estudiantes de la misma, y no lucrar, como en años anteriores, con la conquista de puestos fáciles dentro del seno de la Universidad. La conquista debe tender al levantamiento del nivel de cultura de la escuela, dejando a un lado la conquista del bienestar personal. Por ello pido en este momento a los componentes de la mesa directiva la protesta del cumplimiento de sus obligaciones universitarias".